

natural. Aquí no se han conducido tierras ni piedras, no se han construido bombas ni arcaes de agua; no se necesitan estufas, ni hornillos, ni campanas de vidrio, ni esteras de paja. Un terreno casi llano ha sido adornado con arceos muy sencillos, algunas hierbas y arbolillos comunes, algunos hilos de agua que corren sin apremio ni aparato han bastado para hermostearle; ha sido un juego sin afan, cuya facilidad causa nuevo gusto al espectador. Tengo la íntima persuasión de que podría ser este sitio todavía mas agradable, y agradarme infinitamente ménos, como por ejemplo el célebre parque de milord Cobham en Estau, que es una amalgama de sitios á cual mas hermosos y mas pintorescos, escogidos en varios países, y en los cuales, como en los jardines de la China, de que acabo de hablar, todo parece natural, excepto el conjunto. El dueño y criador de esta soberbia soledad tambien ha hecho construir en ella ruinas, templos y edificios antiguos, de suerte que se hallan reunidos los lugares como los tiempos con sobrehumana magnificencia. De esto es justamente de lo que yo me quejo. Quisiera que las diversiones de los hombres tuvieran cierto viso de facilidad que no recor-

dara á la imaginacion su flaqueza, y que al admirarse de estas maravillas no se fatigara con la idea de los caudales y afanes que han costado. ¿No nos ha departido la suerte suficientes penas que las queremos hasta en nuestros juegos?

Un solo reparo tengo que poner á su Eliseo de Vm., dije mirando á Julia, que le parecerá grave; que es una diversion superflua. ¿A que viene hacer nuevos paseos, teniendo al otro lado de casa bosquecillos tan deleytosos y tan descuidados? Verdad es, respondió algo confusa, pero este me gusta mas. Si hubiera Vm. meditado bien su pregunta ántes de hacerla, interrumpió el señor de Wolmar, sería mas que imprudente. Desde que está casada nunca ha puesto mi muger los pies en los bosquecillos de que Vm. habla, y sé muy bien el motivo, aunque siempre me le haya ocultado. Vm. que no lo ignora aprenda á respetar el sitio donde se halla, que está plantado por mano de la virtud.

Apénas habia recibido tan justa reprehension, cuando la familia chica conducida por Paca entró al tiempo que nosotros saliamos. Estos tres amables niños se arrojaron al cuello del

señor y la señora de Wolmar, y á mí me cupo parte de sus inocentes halagos. Volvimos á entrar Julia y yo en el Eliseo dando algunos pasos con ellos, y fuimos despues á buscar al señor de Wolmar que estaba hablando con unos operarios. En el camino me dijo Julia que despues que fue madre le habia ocurrido acerca de este paseo una idea, que habia aumentado su zelo en hermostrarle. He pensado, me dijo, en la diversion de mis ojos, y su salud, cuando sean de mas edad. La conservacion de este sitio exige mas atencion que penalidad; mas se requiere dar cierto contorno á los ramos de las plantas que cavar y arar la tierra; quiero que sean un dia mis jardineros chicos, harán quanto ejercicio sea necesario para fortalecer su temperamento, y no el suficiente para fatigarle; ademas de que mandarán hacer lo que exceda las fuerzas de su edad, y se ceñirán al trabajo que los divierta. No puedo explicar á Vm., añadió, el gozo que siento en representarme á mis hijos ocupados en pagarme los cuidados que con tanto gusto me tomo yo por ellos y figurarme la alegría de sus tiernos corazones, cuando vean á su madre paseándose con delicia debajo de la sombra de árboles cultivados por

sus manos. En verdad, amigo mio, me dijo enternecida la voz, que dias que así han corrido son un simbolo de la felicidad de la otra vida; y no sin razon, imaginándómelos de antemano he puesto á este sitio el nombre de Eliseo. Milord, esta incomparable muger es madre como es esposa, como es amiga, como es hija, y para eterno suplicio de mi corazon tambien así fue amante.

Arrobado con tan deleytosa morada los supliqué por la noche que permitiesen mientras estuviera en su casa que la Paca me entregara su llave, y la comision de dar de comer á los páxaros. Al punto envió Julia á mi cuarto el saco de grano, y me dió su propia llave. No sé porque la admiti con cierto género de sentimiento; me parece que mas bien hubiera querido la del señor de Wolmar.

Esta mañana me he levantado muy temprano, y con la impaciencia de una criatura me he ido encerrar en la isla desierta. ¡Que de gratos pensamientos esperaba hallar en este solitario sitio donde el dulce aspecto de la naturaleza sola debia espeler de mi memoria todo este orden social y facticio que tan desventurado me ha hecho! Todo quanto voy á ver en torno de mí

es obra de la que tanto quise. La contemplaré en derredor de mi; nada veré que no haya tocado su mano; besaré las flores que hayan hollado sus plantas, respiraré con el rocío el ayre que ha respirado, su gusto acendrado en sus diversiones me pondrá á la vista todos sus atractivos, y en todas partes la hallaré como está retratada en lo íntimo de mi corazón.

Al entrar en el Eliseo con estas disposiciones, á deshora me acordé de las últimas que ayer me dijo el señor de Wolmar casi en el mismo puesto, y sola la memoria de estas palabras mudó en un instante todo el estado de mi alma. Creí que veía la imágen de la virtud donde buscaba la del deleyte, se ha confundido en mi espíritu esta imágen con la del semblante de la señora de Wolmar; y por la vez primera, despues de mi regreso, he visto en su ausencia á Julia; no como fué para mí, y como me complazco aun en figurármela, sino como á mis ojos todos los días se muestra. Milord, he creído que veía á esta muger tan encantadora, tan casta, tan virtuosa en medio del mismo acompañamiento que ayer la rodeaba. En torno de ella veía á sus tres amables hijos, cara y honrosa prenda de la union conyugal y la tier-

na amistad, hacerle y recibir de ella mil afectuosos cariños. A su lado veía el grave Wolmar, á este esposo tan querido, tan feliz, y tan digno de serlo. Creía que veía sus penetrantes y juiciosas miradas registrar lo íntimo de mi corazón y sonrojarme todavía; creía que oía salir de su boca reprensiones bien merecidas, y amonestaciones mal escuchadas; veía en su compañía á la misma Paca Regard viva prueba de la virtud y la humanidad triunfantes del mas ardiente amor. ¡Ha! ¿que culpado afecto hubiera llegado á ella por medio de tan inviolable guardia? ¿con que indignacion hubiera yo sofocado los villanos raptos de una delincuente y no bien estinguida pasión? ¡y por cuan depreciable me hubiera tenido si con solo un suspiro hubiera amancillado la pintura que enagenado me tenia de inocencia y honestidad! En mi memoria recapitaba las palabras que al salir me habia dicho; y luego contemplando con ella un tiempo venido tan lleno de embeleso, veía á esta madre tierna enjugando el sudor de la frente de sus hijos, besando sus encendidas mejillas, y abandonando mi corazón formado para amar al afecto mas dulce de la naturaleza. Hasta el nombre mismo de Eliseo rectificaba en mí los

descarrios de la imaginacion, y excitaba en mi ánimo una calma preferible á la turbulencia de las mas halagüenas pasiones. Me retrataba en algun modo el interior de la que habia imaginado, y pensaba que una conciencia agitada nunca tal nombre habria escogido, decia yo: la paz reyna en su corazon, como en el asilo que ha nombrado.

Me habia prometido agradables imaginaciones, y han sido muy mas agradables de lo que yo esperaba. He pasado en el Eliseo dos horas, á las cuales no profiero época ninguna de mi vida. Viendo el embeleso y la rapidez con que habian corrido, he notado que en la meditacion de los pensamientos virtuosos hay cierta especie de contentamiento interior que nunca los malos han conocido, y es el de deleytarse consigo propio. Si lo pensáramos sin preocupacion, no sé que otro deleyte con este puede igualarse; veo á lo ménos que quien gusta como yo de la soledad debe temer el prepararse á si propio tormentos en ella. Acaso sacariamos de los mismos principios la llave que explica los juicios erróneos de los hombres acerca de las ventajas del vicio y las de la virtud, porque el gozo de la virtud todo es interior, y solo

aquel que la siente le conoce, pero todas las utilidades del vicio se presentan á los ojos agenos y solo el que las disfruta sabe cuanto le cuestan;

Si la pena interna escrita
Lleváramos en la frente,
¡ Cuantos que envidia la gente
Les causarían piedad (1)!

Como se hacia tarde, sin yo pensarlo, vino el señor de Wolmar á buscarme, y avisarme que Julia y el me estaban aguardando. Vms., le he dicho en disculpa mia, han sido los que me han impedido estar con Vms.; tanto me embelesó la tarde de ayer que he vuelto á disfrutar de ella esta mañana por fortuna que es chico mal, y una vez que me han aguardado Vms. no se ha perdido la mañana.

Muy bien dicho, respondió la señora de

(1) Hubiera podido añadir lo que sigue, que es muy hermoso, y que igualmente al asunto se adapta.

Se vieran sus enemigos
En su pecho, y reducida
Toda su dicha fingida
A parecernos verdad.

Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y se desayunan en el suyo. El almuerzo es la comida de los amigos; están escluidos de él los criados; los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa; se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el único momento en que es lícito ser uno lo que es, ¡así durara todo el dia! ¡Ha, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á ménos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe Vm., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasía para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

 CARTA 12.^a

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

ESTÁ escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mí propia, y que despues de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazon, me has de preservar tambien de los de mi razon. Despues de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son. ¡Ha, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho ménos aprecio de mis luces, ménos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preambulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavía tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazon, y me atrevo á creer que está de él ahora mas distante que nunca. Escúchame pues, prima, con sosiego,